

misma precipitación, llevando consigo prisioneros de gran valía (1). A estos los trató con la mayor consideración; con los soldados usó de mas dureza, enviándolos a servir de remeros en las galeras del almirante Lezeano. Con cerca de mil caballos que cogió al enemigo montó otros tantos soldados suyos, los cuales no ansiaban sino ocasiones de ir al combate, enardecidos y orgullosos de que los vieran montados en caballos franceses.

El duque de Nemours, con la noticia de la marcha de Gonzalo á Ruvo, abandonó la empresa de Castellaneta por acudir al socorro de aquella plaza: mas cuando llegó frente de sus muros vió ondear en ellos la bandera española, de modo que por atender á dos partes perdió una plaza y se quedó sin recobrar la otra. Volvióse, pues, á Canosa mustio y arrepentido de haber salido de aquel punto.

A poco tiempo se vió Gonzalo reforzado con dos mil mercenarios alemanes, reclutados y enviados por don Juan Manuel, ministro embajador de España cerca del rey de romanos. Alentado el Gran Capitan con este refuerzo, escaseando los viveres para tanta gente en Barletta, amenazando ya la peste en tan estrecho recinto, y aprovechando el ardor que á sus soldados habian infundido los anteriores triunfos, determinó abandonar ya aquel punto y medir sus fuerzas con el enemigo en formal batalla: llamó á Navarro y á Herrera, y sin vacilar mas salió con todo su ejército de Barletta (abril, 1503). «Lugar por siempre memorable en la historia, dice con mucha razon Prescott, como teatro de los extraordinarios padecimientos é invencible constancia de los soldados españoles (2).»

Antes de dar cuenta del importantísimo resultado de este movimiento para Francia, para España y para Italia, y en que aventuraba el Gran Capitan su reputacion como guerrero y como súbdito, expondremos brevemente el estado en que se hallaban las negociaciones diplomáticas que se habian seguido entre Francia y España, al tiempo que Gonzalo salió de Barletta.

Habiendo recaído la herencia de los reinos de Castilla y Aragon por muerte de los príncipes don Juan, doña Isabel y don Miguel, en la princesa doña Juana, hija de los Reyes Católicos, casada con el archiduque Felipe de Austria, hijo del emperador y rey de romanos, vinieron los príncipes herederos á España (enero, 1502), donde á poco tiempo fueron jurados y reconocidos como tales, no solo en las córtes de Toledo (22 de mayo) sino tambien en las de Zaragoza (27 de octubre); siendo de notar la gran política y el diestro manejo que el rey Fernando debió emplear en esta ocasion con los aragoneses, para que estos casi sin oposicion y contra la costumbre del reino juraran por heredera de la corona aragonesa á la princesa doña Juana y al archiduque don Felipe como su legítimo marido (3).

Pero el jóven archiduque, ligero y frívolo, mas afecto á las costumbres francesas que á las españolas, como la comitiva flamenca que habia traído, no solo se mostró indiferente y desdeñoso á los obsequios y distinciones con que habia sido recibido y agasajado en España, sino que sorprendió á todos con la resolucio que manifestó de volverse inmediatamente á Flandes, solo, sin la princesa su esposa, á quien lo adelantado de su embarazo no le permitia acompañarle. Ni los ruegos de doña Juana que le amaba con innmerecido delirio, ni las tiernas y prudentes reflexiones de la reina doña Isabel su madre, que se hallaba gravemente enferma, ni las razones del rey, ni el disgusto que de ello mostraba el reino, nada bastó á detener al irreflexivo manco, y fué menester complacerle. Pero no era esto solo. Empeñóse don Felipe en hacer su viaje por Francia, por donde antes habia venido á Castilla: y como á su venida hubiese entablado relaciones de amistad con el monarca francés Luis XII, pretendió ahora con ahinco ser el encargado de arreglar con aquel soberano las negociaciones pendientes entre Francia y España, sobre la particion y sobre la

(1) D'Anton, Hist. de Louys XII, part. II, c. 31.—Crón. del Gran Capitan, c. 72.—Giovio, Vit. Illustr. Vir.—Guicciardini, Istor, l. V.

(2) Hist. del Reinado de los Reyes Católicos, part. II, cap. 12.

(3) Blancas, Coronaciones, lib. III, cap. 20.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, Rey XXX, c. 12.—Zurita, Rey don Hernando, l. IV, c. 5.

guerra de Nápoles. Harto repugnaba ya á los Reyes Católicos la ida de un príncipe á una nacion con la cual estaban en guerra, cuanto mas encomendar negocio tan delicado á un jóven que daba mas pruebas de ligero y arrebatado que de diestro y prudente. Muchas y muy justas fueron las reflexiones que para disuadirle de lo uno y de lo otro le hicieron: todas fueran inútiles, y el príncipe partió de Madrid (diciembre, 1502), no sin publicar el rey que iba contra su voluntad y la de la reina.

En cuanto á las negociaciones con el rey de Francia, por si en efecto Luis XII quisiese de buena voluntad venir á concordia, dió don Fernando al archiduque unas instrucciones de las cuales no habia de salir, y el príncipe prometió muchas veces que no las traspasaría en un ápice (4). No satisfecho con esto el receloso y cauto Fernando, no le dió á él mismo el poder, sino que se le envió por medio del abad de San Miguel de Cuxa Fray Bernardo Boil, encargando á este que le tuviese secreto y no le entregase sino en caso necesario, prescribiéndole además, que si en los tratos viesese que el príncipe se excedía en algo de lo que estrictamente contenian las instrucciones, le avisase de ello y le consultara, no permitiendo que se pasara adelante sin contar con su voluntad. Vióse luego que no sin fundamento tomaba el Rey Católico tan exquisitas y escrupulosas prevenciones. Llegado que hubo el archiduque á Lyon, entró luego en conciertos con el rey Luis que allí se encontraba, pero conciertos en que se faltaba abiertamente al tenor literal de las instrucciones, y en que se revelaba, ó la afición que ya se suponía del archiduque y los de su consejo á los franceses, ó que como jóven y bisoño se dejaba envolver incautamente por aquel monarca. Fuese que el Padre Boil no pudiera avisar al rey Fernando tan pronto como convenia de que el príncipe traspasaba las atribuciones de su cometido, fuese que el francés, previendo la desaprobacion del Rey Católico, y abusando de su ascendiente con el archiduque le obligara á precipitar la conclusion del tratado, es lo cierto que cuando llegó la contestacion de Fernando requiriendo el cumplimiento exacto de las instrucciones, el convenio estaba ya concluido (5 de abril).

Lo pactado era que el reino de Nápoles se destinase á los príncipes Carlos y Claudia, hija esta del monarca francés, y aquel del archiduque y de doña Juana (habia nacido en 1500), cuyo matrimonio estaba concertado; que hasta tanto que los príncipes niños llegaran á edad de poder casarse, la parte francesa del reino de Nápoles la tendria y gobernaría el rey de Francia por su hija, y la parte española el archiduque por su hijo; ó bien que se guardase la particion hecha, y la Capitanata que se disputaba se pusiese en tercería hasta las bodas de los príncipes, ó hasta aplicarla despues á quien pareciese de derecho. Los dos contratantes comenzaron á obrar ni mas ni menos que si el Rey Católico hubiera aprobado y ratificado el asiento; el de Francia le hizo publicar en su reino con toda solemnidad, mandó suspender el embarque de tropas que se estaba disponiendo para Nápoles, y ordenó á sus generales de Italia que no emprendiesen nuevas operaciones: el archiduque previno tambien á Gonzalo de Córdoba que cesara en la guerra hasta que otra cosa se le ordenase, en virtud del tratado y poderes cuya copia le enviaba. Llegaron estos despachos en ocasion que Gonzalo, reforzado con nuevas tropas, preparaba su salida de Barletta. Mas como el Gran Capitan hubiese recibido avisos anticipados del rey, en que le prevenia que no atendiese á cartas, órdenes ó despachos que pudieran llegarle del archiduque mientras no llevasen su expresa aprobacion ó mandamiento, respondió que él no podia ejecutar órdenes del príncipe mientras no le fuesen comunicadas por sus soberanos; que por lo tanto sabia lo que tenia que hacer, é iria en persona á dar la respuesta al duque de Nemours. Y salió de Barletta en los términos que hemos dicho (5).

(4) «Prometió diversas veces, dice Zurita, que él no traspasaría un cabello de su voluntad.» Lib. V, c. 10.

(5) Tal es la version que dan los historiadores españoles mas antiguos á la historia del famoso tratado de Lyon, que en verdad nos parece la mas verosímil, atendido el carácter de cada uno de los personajes que figuraron en él, pero que sin embargo dió ocasion á los franceses para acusar de doblez y de falsía al Rey Católico, y para hacer cargos al Gran Capi-

Prosiguió, pues, el Gran Capitan su marcha, y despues de atravesar y aun de hacer alto aquella noche en el campo de Canas, célebre por la famosa batalla que diez y siete siglos antes habia ganado Anibal á los romanos, dirigióse al otro dia y llegó por la tarde cerca de Cerignola, ó Cerinola que decimos los españoles, distante unas diez y seis millas de Barletta. La jornada habia sido en extremo fatigosa; el terreno era árido y seco, el sol estaba abrasador y sofocante, los soldados sentian una sed irresistible, y algunos odres que Gonzalo habia hecho llenar de agua al paso por el rio Ofanto no alcanzaron para refrescar sino una pequeña parte de la hueste. Los que iban pesadamente armados se caian en el camino abrumados de calor y de fatiga. Gonzalo ordenó que cada jinete llevara á las ancas un peon, y él mismo dió el primer ejemplo haciendo montar en la grupa de su caballo á un oficial de los alemanes auxiliares. Por fortuna los franceses que habian salido ya en su seguimiento no los alcanzaron en la llanura, y Gonzalo consiguió ganar la altura del pequeño pueblo de Cerinola, que le ofrecia favorables posiciones para poder esperar el ataque. A pesar del cansancio y rendimiento de los soldados, no se podia perder un momento, y todo el mundo de órden de Gonzalo se ocupó en ensanchar y ahondar un pequeño foso que resguardaba un viñado: con la tierra que sacaba se levantó un parapeto de bastante altura, guarneciéndole con estacas puntiagudas para detener la caballería enemiga: detrás de él formó sus tropas en órden de batalla, y colocó en los sitios mas convenientes las trece piezas de artillería que habia llevado.

Antes de concluirse estas operaciones divisáronse á lo lejos las armas francesas que relumbraban á intervalos por entre nubes de polvo. Al llegar frente al campamento español hizo alto el ejército francés. El motivo de aquella pausa era que el duque de Nemours opinaba por suspender el ataque hasta otro dia, en atencion á la poca luz que ya quedaba, y á que amenazaba la noche. Opusieronse sus caudillos, y tanto estos como los soldados pedían entrar inmediatamente en combate. Uno de aquellos soltó expresiones que ofendian el valor acreditado del vírey; indignóse este, y quiso castigar aquella injuria, pero al fin cedió diciendo: «pues bien, pelearemos de noche, y veremos si los que ahora se muestran mas arrogantes no hacen despues mas uso de las espuelas que de las espadas.» El tiempo invertido en aquella disputa sirvió grandemente á Gonzalo para ordenar convenientemente sus tropas. El número de estas, contadas todas las armas, era poco mas ó menos de siete mil hombres, casi igual al del ejército enemigo. Gonzalo hizo de ellas tres cuerpos: en el centro colocó á los alemanes armados de largas picas; hizo dos alas de la infantería española, mandada la derecha por Pizarro, Zamudio y Villalva, la izquierda por Diego Garcia de Paredes y Pedro Navarro con cargo de proteger la artillería. Encomendó la caballería pesada á Diego de Mendoza y Fabricio Colona, y la ligera á Pedro de la Paz y á Próspero Colona, jefe de los auxiliares italianos. La caballería francesa de línea que mandaba Luis de Ars era, segun Gonzalo decia, la mas brillante que se habia visto en muchos años en Italia. Capitaneaba Alegre los caballos ligeros, que iban un poco á retaguardia; guiaba la

tan por haber continuado la guerra contra las órdenes del archiduque. Lo uno y lo otro nos parece de todo punto infundado. Nada mas natural que la desconfianza de Fernando en su yerno, por las pruebas que ya antes de venir á España, ya durante su corta permanencia en este reino habia dado de su ligereza é indiscrecion, y aun de su adhesión á los franceses: de aquí la limitacion en los poderes, la restriccion en las instrucciones y demás medidas de precaucion para que no pudiera comprometerle. Nada mas natural tambien en un hombre tan cauto como Fernando que previnir á su general en Italia para que no fuese sorprendido por órdenes que no emanaran de él ó no llevaran su sancion y confirmacion. El Gran Capitan no puede tampoco ser censurado por la conducta que observó, antes obró muy discretamente en no obedecer á otro que á su rey, en lo cual no hizo sino seguir las instrucciones especiales que habia recibido.

Los términos del convenio vinieron á justificar la cautela del Rey Católico, puesto que quien al pronto quedaba favorecido era el francés, y las ventajas para España eran eventuales, precarias y muy remotas, y por consecuencia aparentes. No podia, pues, Fernando aprobar el tratado: y lo que hubo fué que Luis XII creyó obrar con mucha astucia y se halló prevenido por otro mas sagaz y mas mañoso que él.

infantería suiza y gascona el coronel suizo Chandieu; y la vanguardia, compuesta de los hombres de armas, era conducida por el mismo Nemours. El general español tenia su mayor confianza en la infantería, en aquella infantería que él supo hacer, si no la mejor, tan buena como la mejor de Europa.

Alumbraba el crepúsculo de la tarde y anunciábase ya la noche, cuando Nemours arremetió á galope con sus hombres de armas contra la izquierda española; comenzó á disparar nuestra artillería, mas á las primeras descargas una chispa que cayó en el almacen de la pólvora le voló con terrible explosion iluminando todo el campo. *Buen ánimo, amigos*, exclamó Gonzalo; *esas son las luminarias de la victoria*. A este tiempo Nemours y los suyos avanzaban lanza en ristre, hasta que se hallaron atajados por el foso y clavados algunos de sus caballos en las agudas estacas. El general francés anduvo entonces por todo el frente buscando algun paso por donde penetrar, expuesto á los tiros de la infantería española; el intrépido y jóven vírey recibió un arcabuzazo que le derribó muerto del caballo. El valeroso coronel suizo Chandieu hizo todos los esfuerzos imaginables por forzar la barrera con su infantería, pero sus soldados, ó se resbalaban en la tierra movediza, ó eran ensartados por las largas picas alemanas. Aquel valeroso jefe cayó tambien sin vida en la trinchera de un balazo. Ya todo fué confucion y desórden en las filas francesas. En tal estado manda Gonzalo á los suyos franquear la línea y dar el ataque general. Los caudillos franceses se desbandan usando mas de *las espuelas que de las espadas*, y justificando la prediccio del desgraciado Nemours: los españoles acuchillan sin piedad á los descuidados en la fuga hasta muy entrada la noche, y Próspero Colona penetra en el abandonado campamento de los enemigos, se aloja en el pabellon de Nemours y cena los manjares que para aquel habian quedado preparados en una mesa (1).

Jamás se vió mas completo triunfo en menos tiempo alcanzado. El número de los combatientes no era grande, pero lo que ha dado celebridad á la batalla fué la disposicion, la conducta y el acierto del general español, y las consecuencias importantes y decisivas que tuvo. Ningun escritor hace pasar de cien muertos la pérdida de los españoles, mientras ninguno calcula tampoco la de los franceses en menos de tres mil, y casi todos la suponen de muchos centenares mas. Entre un monton de cadáveres se reconoció por los anillos que acostumbra á llevar en los dedos el del desgraciado Nemours que tenia tres heridas. Gonzalo se conmovió y derramó lágrimas sobre los desfigurados restos de su ilustre y valeroso rival, con quien tantas veces habia conversado antes como aliado y amigo, y los hizo conducir á Barletta y depositarlos con magníficas exequias en el convento de San Francisco.

Gozando estaban los soldados de Gonzalo la gloria del triunfo, cuando al siguiente dia les llegó la noticia de otra victoria poco menos importante ganada por los españoles en la Calabria (21 de abril). El veterano y entendido general francés Aubigny habia sido derrotado por las tropas de Fernando de Andrade (2) cerca de Seminara, casi en el mismo lugar en que ocho años antes habia el mismo Aubigny ganado á Gonzalo de Córdoba la única batalla que perdió en su vida este guerrero español (3).

(1) Paolo Giovio, Vit. Illustr. Viror.—Crón. del Gran Capitan, c. 75.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 180.—Mártir, Opus ep. 256.—Guicciardini, Istor. lib. V.—S. Gelais, Hist. de Louys XII.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 27.

(2) Estas tropas habian sido enviadas de España al mando de don Luis Portocarrero, señor de Palma, el cual á poco de llegar á Italia enfermó y murió en Reggio. En el lecho de la muerte nombró para sucederle en el mando á Fernando de Andrade, que se unió con las tropas de Cardona y Benavides.

(3) Cuéntase que al tiempo de darse este segundo combate de Seminara, cerca de dos mil soldados gallegos se sublevaron diciendo que no se batirian mientras no se les diesen sus pagas, y alzaron una bandera blanca en señal de querer irse donde la ventura los llevase, y que para detenerlos y apalarlos, don Fernando de Andrade, don Hugo de Cardona, Carbajal, Figueredo y otros capitanes se desprendieron de sus cadenas y collares de oro y plata y del dinero que tenian, y con esto se reunió para darles una paga, con lo cual se sosegaron, y despues se batieron valerosamente.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 25.

Divulgóse rápidamente la fama de la victoria de Ceriñola: rindiéronse Canosa, Melfi y multitud de otras poblaciones; y Gonzalo, que no era de los guerreros que se dormían sobre los laureles, marchó derecho sobre Nápoles. Esta población versátil, sin valor y sin fe, que en poco más de ocho años había aclamado con igual regocijo seis reyes, Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Fadrique III y Luis XII, se hallaba dispuesta á darse con el propio entusiasmo á Fernando el Católico, y envió una diputación de nobles y ciudadanos á ofrecer á Gonzalo de Córdoba las llaves de la ciudad, pidiéndole solamente que les confirmara sus derechos y privilegios. Así lo prometió el Gran Capitán á nombre de su rey, y al día siguiente hizo su entrada pública en Nápoles, con el mismo aparato que si fuese el monarca en persona (16 de mayo, 1503), siendo llevado bajo un palio por los diputados, sembradas de flores las calles y coronados los edificios de gente, que contemplaba con asombro al gran guerrero que había abatido el solo todo el poder de la Francia.

Quedaban todavía los dos castillos que dominaban la ciudad, bien pertrechados de gente, de vituallas y municiones. Era menester rendir aquellas dos formidables fortalezas, y allí le volvió á servir el sistema de minas en que tanta reputación había adquirido el ingeniero Pedro Navarro. A los cinco días



DOS SICILIAS

REYES CATÓLICOS

por lo serio: la soldadesca se encaminó al palacio del príncipe de Salerno en que se alojaba Gonzalo, y desde los magníficos salones hasta las cuevas, no quedó alhaja, ni mueble, ni artículo de lujo ó de boca que no consumieran ó arrebataran.

El otro castillo, Castello d'Ovo, minado igualmente por Pedro Navarro, cayó también á las pocas semanas con horrible estrépito, un día antes que llegara una escuadra francesa que iba á socorrerle. Retiróse la armada á la isla de Ischia, y encontró también enarbolada allí la bandera española. El ilustre Aubigny se había rendido con los restos que pudo salvar en Seminara: los dos Abruzos, las provincias de Capitanata y Basilicata, todas se habían sometido, á excepción de Venosa, donde se mantenía Luis de Ars con alguna gente, y de Gaeta, donde se había refugiado Ivo de Alegre con las reliquias del ejército derrotado en Ceriñola. Aquí se habían acogido los principales barones angevinos, los príncipes de Bisignano y de Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros personajes, y aguardaban al de Saluzzo con un ejército francés. A Gaeta se encaminó también el Gran Capitán, llamando en su ayuda á Pedro Navarro, á Fernando de Andrade, á Hugo de Cardona y á los principales caudillos españoles, con objeto de apoderarse del último asilo del partido francés en Italia.

Tan rápidas habían sido estas conquistas, que casi al mismo tiempo y con cortísimo intervalo recibió Luis XII de Francia la noticia de haberse negado el Gran Capitán á reconocer el tratado de Lyon, de la derrota de Aubigny, del desastre de Ceriñola, de la entrada de Gonzalo en Nápoles, de la rendición de los castillos y de la sumisión de casi todo el reino napolitano. Quejóse amargamente el francés al archiduque Felipe de palabra, al Rey Católico por escrito, de la infracción del convenio, pidiendo la correspondiente indemnización. Disculpaba el archiduque su inocencia, y aun le costó una enfermedad el sentimiento del deshonroso papel que se le había hecho representar en este negocio. El rey don Fernando contestó que no hubiera podido nunca ratificar un pacto ajustado contra sus instrucciones y contra sus intereses, pero procuraba entretener al francés con la esperanza de un arreglo definitivo basado sobre la restitución del reino de Nápoles á don Fadrique. Este artificio, de que ya antes había usado,

(21 de mayo) reventó con horrible estruendo la que se había practicado debajo del Castillo Nuevo, viniendo al suelo una gran parte de la muralla, por cuya boca penetraron el Gran Capitán y Pedro Navarro embrizados los broqueles, antes que la guarnición tuviera tiempo de levantar el puente levadizo. Siguiéronles los soldados, y se trabó un reñido y furioso combate, en que los españoles peleaban con hachas, espadas, picos, machetes y todo género de armas, los franceses se defendían arrojando piedras, cal, aceite hirviendo y todo lo que la desesperación les ponía en las manos: cincuenta españoles fueron abrasados con proyectiles encendidos, lo cual embraveció tanto á sus compañeros, que arrojándose con furia sobre los del fuerte los degollaron á todos, excepto unos pocos que pudieron acogerse á la clemencia del Gran Capitán. Los soldados en premio de su arrojo y en indemnización de las pagas que se les debían obtuvieron licencia para apoderarse del inmenso botín de oro, plata, alhajas, provisiones y efectos de todo género que la gente rica del partido angevino había acumulado en la fortaleza. Y como algunos, menos afortunados ó menos diestros, se lamentaran de la pequeña parte que les había tocado en el despojo, *Pues id, les dijo Gonzalo como de chanza, id á mi casa, tomad lo que hay en ella, y os desquitareis de vuestra poca fortuna.* La invitación fué tomada

estaba lejos de ser suficiente á tranquilizar al burlado Luis, que no respiraba sino indignación, y en esta indignación tomaba parte toda la Francia, ofendida en su amor propio nacional.

Así fué que rey y reino se hallaron conformes en la necesidad de hacer un grande esfuerzo nacional para lavar la afrenta y reparar los infortunios de Italia. Pueblo y monarca pusieron en juego todo su poder, y en poco tiempo se levantaron tres grandes ejércitos franceses, uno para recobrar la Italia, al mando de La Tremouille, que había de entrar por el Milanesado; otro para penetrar en España por el valle de Roncal, mandado por el señor de Albret, padre del rey de Navarra; el tercero para entrar en el Rosellon, conducido por el veterano mariscal de Rieux y apoderarse de Salsas, plaza fuerte y llave de aquellas provincias. Armáronse además dos escuadras en Génova y Marsella, una al cargo del marqués de Saluzzo para apoyar la expedición del Milanés, otra que había de obrar en la costa de Cataluña para proteger la invasión del Rosellon. Veamos el resultado de las dos expediciones al territorio de la Península.

El astuto y previsor Fernando el Católico había tenido buen cuidado de captarse la amistad del rey de Navarra, hasta el punto de haberle prometido este que se opondría al paso de los franceses por las fronteras de su reino. El señor de Albret (1), ó por no comprometer á su hijo, ó por hallar apercebidos á resistir su entrada los montañeses de Navarra y Aragón, además de una hueste que por disposición de la reina había acudido á Navarra con el condestable de Castilla y el duque de Nájera, mostróse ó atemorizado ó flojo, y redújose á ver desde Bayona irse menguando y deshaciendo su ejército entre las escaseces y los frios de aquellas rudas y ásperas cordilleras (2).

Mas resuelto el mariscal de Rieux ó de Bretaña, aunque achacosos y ancianos, hizo su entrada por Rosellon á la cabeza de mas de veinte mil hombres, si bien en su mayor parte

(1) El Sr. de Labrit, que llaman comunmente nuestros historiadores.

(2) Aleson, Anales de Navarra, t. V, p. 110 y sig.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 40.

apresuradamente reclutados y sin disciplina, y cruzando aquella provincia sin resistencia puso sus reales delante de Salsas (16 de setiembre, 1503). Pero el rey don Fernando, en medio de los disgustos domésticos que le rodeaban y afligían, como la enfermedad grave de la reina, las extravagancias y delirios de la princesa doña Juana, y otros de que despues tendremos que hablar, no dejaba de atender á todas partes y á todos los peligros con su actividad y su energía acostumbradas. Inmediatamente ordenó que se reforzase la plaza, mandó acudir al Rosellon la gente de armas que se hallaba en el Ampurdan, y envió á Perpiñan al duque de Alba don Fadrique de Toledo con siete mil quinientos combatientes, en tanto que él se preparaba á salir en persona contra el enemigo. En efecto, tan pronto como la enfermedad de la reina le permitió ponerse en campaña, levantada cuanta gente pudo en el reino, á lo cual le ayudó grandemente la reina Isabel no obstante el fatal estado de su salud, sin descuidar al propio tiempo de interesar al emperador de Alemania y al rey de Inglaterra y de requerirlos á que tomaran parte en la guerra contra los franceses, se puso en Gerona con grande ejército de caballos y peones, y muy pronto emprendió el movimiento con toda su gente para incorporarse con la del duque de Alba, que se había situado en Ribasaltas (1).

Tenían los franceses muy estrechado ya el castillo de Salsas, derribado un trozo de la torre maestra y otro de un baluarte, aunque el duque de Alba y los caballeros de su hueste no dejaban de hacer los mas extraordinarios esfuerzos por socorrer los sitiados y molestar y hostilizar de mil maneras los enemigos, hasta provocarlos á batalla con ser los españoles tan inferiores en número. También los cercados se defendían valerosamente. En una ocasión colocaron varios barriles de pólvora bajo una de las bóvedas del castillo; dieron lugar á que los franceses entraran en aquella parte de la fortaleza, y cuando calcularon que estaba ya llena de gente encendieron la pólvora, saltó el baluarte y perecieron sobre cuatrocientos hombres achicharrados. Todos los días ocurrían entre sitiados y sitiadores combates y lances de guerra. En tal situación, y en peligro ya el castillo de Salsas, acudió el rey don Fernando con su grande ejército desde Gerona. Tan pronto como el mariscal de Bretaña supo que el monarca español se hallaba en Perpiñan (19 de octubre de 1503), aquella misma noche, lo mas calladamente posible, hizo trasportar á lomo la artillería camino de Narbona, y á la mañana siguiente levantó el campo poniendo fuego á las tiendas, y emprendió la vía de Francia, fingiendo siempre prepararse para hacer frente á los españoles que le seguían, pero dándose la mayor prisa á reparar aquellos desfiladeros. A pesar de su precipitación, todavía su retaguardia fué alcanzada por los nuestros en algunas angosturas, teniendo que dejar parte de su artillería y municiones. El rey don Fernando se internó en seguimiento de los fugitivos algunas leguas dentro de Francia hasta los mismos muros de Narbona, á cuyo abrigo los franceses se acogieron. Tomaron él y el de Alba algunas villas y fortalezas que saquearon y desmantelaron, y contento el rey con haber ahuyentado al orgulloso enemigo y vindicado el honor español, volvióse á sus dominios contento con el triunfo, y con los despojos recogidos en aquella breve campaña (2).

Recibió la reina Isabel estas lisonjeras noticias en Segovia por medio de los correos que tenía apostados para saber diariamente los movimientos del ejército. Temía tanto la piadosa Isabel las consecuencias de esta guerra, y afectaba ya tanto á su bondadoso corazón la sangre que veía derramarse en las luchas entre naciones cristianas, que además de rogar á Dios todos los días en la casa y en los templos que se dignara librarlos de tales calamidades, escribía á su esposo recomendándole con el mayor encarecimiento que viera de vencer á

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 197 y 198.—Cartas de Gonzalo de Ayora, c. 9.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 45, 50, 51.—Abarca, Reyes de Aragón, Rey XXX, cap. 13.—Aleson, Anal. de Navarra, tomo V.

(2) Gonzalo de Ayora, cart. 11.—Zurita, Rey don Hernando, libro V, cap. 54.—Mártir, Opus ep. 264.—Abarca, Reyes de Aragón, tom. II, Rey XXX, c. 13.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 198.—Garnier, Historia de Franc. tom. V.

los enemigos á costa de la menos sangre que verter pudiese. Por fortuna en esta ocasión la conducta de los franceses ahorró á Fernando la necesidad de adfugir el espíritu de su benigna esposa con horrores y estragos.

Una estrella fatal parecía alumbrar á Luis XII en todo lo que emprendía contra España. La escuadra de Marsella destinada á proteger al mariscal de Bretaña en la costa de Cataluña, apenas salió al mar tuvo que regresar al puerto inhabilitada para maniobrar de resultas de una terrible borrasca que la inutilizó, que fué un gran contratiempo para los sitiadores de Salsas. Así el monarca francés aprobó y esforzó por medio de embajadores enviados á Perpiñan las proposiciones de tregua que ya sus capitanes habían hecho al Rey Católico. Y como Fernando hubiese cumplido su objeto y no tuviese interés en comprometerse en una guerra por aquella parte, accedió á ajustar una por cinco meses (noviembre, 1503), comprendiendo en ella los dominios naturales y hereditarios de los dos reyes, Francia y España, y no extendiéndose á Italia, donde ambos continuarían debatiendo con las armas sus respectivos derechos. Esta tregua se prorogó despues hasta tres años. Á este resultado habían contribuido como mediadores la princesa Margarita duquesa de Saboya, y el despoído rey de Nápoles don Fadrique: siendo de notar, como observa un ilustrado y discreto historiador, «que el último acto de la vida política de don Fadrique (3), fuera intervenir como mediador de paz entre los dos monarcas que se habían reunido para despojarle á él del suyo.»

Tales y tan humillantes y desdorosos para Luis XII y para el reino francés fueron los resultados de los dos ejércitos enviados contra España en un arranque de indignación y en un esfuerzo de patriotismo. Veamos la suerte que corrió el tercer ejército francés destinado á obrar en Italia, y volvamos otra vez nuestra atención á ese bello y desventurado país donde nos esperan acontecimientos importantes asombrosos y decisivos.

CAPÍTULO XVIII

GUERRAS DE ITALIA

Gonzalo de Córdoba en el Garillano

DE 1503 Á 1504

Nuevo y grande ejército francés en Italia.—El mariscal La Tremouille.—Detiéndose en Parma, y por qué.—Muerte del papa Alejandro VI.—Pío III y Julio II.—Dicho arrogante de La Tremouille, y su muerte.—El marqués de Mantua.—Avanza el ejército francés.—Medidas de defensa de Gonzalo de Córdoba.—Situase á orillas del Garillano.—Combates.—Puentes de barcas.—Lucha terrible en el puente.—Posiciones de ambos ejércitos.—Lluvias, inundación, trabajos, penalidades en las pantanosas estancias de los españoles.—Constancia y sufrimiento de las tropas.—Sublime modelo de paciencia del Gran Capitán.—Su objeto y sistema.—Poco aguante de los franceses para las privaciones.—Discordias en su campo: dimisión del marqués de Mantua.—El marqués de Saluzzo.—Célebre batalla y glorioso triunfo de los españoles en el Garillano.—Rendición de Gaeta.—Noble conducta del Gran Capitán.—Gonzalo en Nápoles.—Luto en Francia.—Indignación y venganzas de Luis XII.—Miserable suerte de los franceses.—Tratado de Lyon.—Conclusion de la guerra.—Elogio de Gonzalo.

Dejamos al Gran Capitán con la flor de sus guerreros delante de Gaeta, donde se había refugiado el comandante francés Ivo de Alegre con los restos del ejército derrotado en Ceriñola, y donde se habían acogido los condes y barones del partido angevino ó francés. Anunciamos ya que de los tres grandes ejércitos que la Francia había levantado para vengar el honor nacional abatido por el Gran Capitán en los campos de Ceriñola, uno de ellos, el mayor, fué destinado á Italia, juntamente con la escuadra que Luis XII mandó aparejar en Génova para proteger aquella expedición y socorrer á los de Gaeta. Iba la escuadra á las órdenes del marqués de Saluzzo, el ejército á las del mariscal La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, y tal vez el primer capitán de Francia. Fornaban parte de este ejército un brillante cuerpo de infantería suiza, otro de escogida caballería francesa, el mejor tren

(3) Murió al año siguiente.